Té de jazmín

JULIETA MARCHANT

TÉ DE JAZMÍN

JULIETA MARCHANT

PRIMERA EDICIÓN:
Marea Baja Ediciones, 2010

DE ESTA EDICIÓN:
Té de jazmín
© Julieta Marchant
RPI: 191.240
Santiago de Chile, 2015
Portada: Nicolás Sagredo

J&P Editoras | servicios editoriales
jyp.editoras@gmail.com

TÉ DE JAZMÍN

1

Lo perpetuo o lo fugaz, ya no importa.
Las viejas teclas de un piano, el pedal como una huella
anclándose a las terminaciones de la que pareciera ser la última nota.
En la música están las señales, en el ritmo interno que urgente recorre
la ciudad, el territorio de lo ajeno que hicimos propio
perdidos y abiertos a metáforas que decían viento, agua o nube.
Las diferencias tenues, las historias construidas en la arena
que cayendo sobre sí formaba olas simultáneas, el oleaje de la arena
su composición misma, ya no importa.
El día es uno solo, inmutable y desbordado recibe golpes de árboles arqueándose,
simulando el contorno de los sauces, la memoria de los sauces,
sus enormes biografías intactas, anclados al costado de los ríos,
signos de líneas divisorias o mensajes de pérdidas, ya no importa.
Ni la lluvia ni tu mano, una sola de tus manos resistiéndose al diluvio,
la negación absurda a las huellas en el cuerpo,
la palabra falta que cargamos unida a los tobillos
y que intentamos desarmar arrastrando los pies por el cemento.

La ciudad es inmensa, pero vista desde arriba,
exhibe breves tajos. Desde sus fisuras
emerge el sabor del té que bebimos lentamente,
como si la respiración se fuera en eso, en beberlo,
hasta dejarlo enfriar bajo la sombra de un ciruelo silencioso,
un ciruelo que dibujado a pulso perdió su forma original.
Como tu mano, la mía resistió entre la nieve,
falta del resto, resistió mutilada y certera en un paisaje blanco
que será agua alguna vez, humedad en el barro.
La ciudad es inmensa, pero vista desde atrás,
alcanzamos a negar los recorridos habituales, el regreso a la cueva negra
del día agotado en sí mismo, urdido en su propia materia.
Desde su espalda lo desgranamos, descomponiendo sus maneras,
soltamos sus puntas como diciendo nube, como diciendo merodeo en el aire,
como diciendo centro despuntado, ya no importa.

Esta música aletarga los extremos del cuerpo,
esta música contiene las señales. Si abrimos la carne
emergerá desde los huesos, dispuesta a enrostrar las sinuosas verdades que esconde,

sus curvas recatadas como la sombra de alguien que se cubre con los brazos,
las posibilidades de exceder su tiempo, ya no importa.
De golpe retorna la imagen de tus manos comparándose con el espacio
que ocupaban las mías en el mundo, el espejo
desde el cual descubrí lunares habitándote,
las voces exigiendo motivos que he perdido.
No importa la lluvia a la que celas,
cuando rabiosa azota y moja lo que no consigues,
el reverso del tiempo develando la fragilidad, su hechura siempre a contrapelo.
El camino pedregoso y áspero, el camino nos encostra, importa poco
cuánto anhelamos traer del viaje, el deseo importa nada, cayendo y rodando
en esta música el deseo.

2

El despegue urgente y repentino, ese despegue
acorazado incluso, igual de violento que el sonido de la caída
nos recuerda el vacío personal contenido en las palabras.
El despegue es la urgencia misma de verse cayendo
en la mitad del asfalto, dispuestos a dejarse abrir, a ser rajados
con los brazos simulando alas que siempre se deshojan
en la posibilidad de volar. El despegue impúdico que divisé desde el balcón,
la caída exacta, los pájaros que asustados del golpe, torpes y abrumados, huyeron.
Desovillo esa tarde desde un lenguaje prestado, sus fibras impropias,
sus leves ilusiones, su luz incluso que es tan breve, te desovillo
buscando en el cuerpo que tenías esa tarde un lugar para mi mano
escribiéndose a sí misma o desarmándose, no importa.

Esa tarde violeta y naranja entró en la pieza cuando abriste las cortinas
para contemplar el mapa de las sábanas, su marea inmensa.
La cama era una isla entre el océano de espejos
proyectando las espaldas unas sobre otras,

la belleza inoportuna de esa imagen que contemplé mientras dormías
listo para dejarte ir, desde tu cuerpo desfondado hacia el diluvio.
Y nuevamente la lluvia, ya no importa, el agua copiosa,
la ciudad afuera y sus heridas oscuras como bocas abiertas
declarando su mudez. La lluvia impertinente
calando el cemento fresco, horadando los bordes de los techos,
adhiriendo papeles al suelo, esa lluvia insoportable
nos recuerda el sonido de las palabras estrellándose cuando intentan nombrar.
Desovillo esa tarde recubierta de otras tardes y otras y otras más,
agolpadas se hinchan y ocupan el espacio de tardes que no fueron.

El despegue y la lluvia, los pies aferrándose al acantilado,
abajo la ciudad que comienza a exhibir sus luces
en el centro claras y hacia afuera más difusas, la ciudad imponente
que exige ser vista desde acá, y el agua azotándola
como si de pronto pudiera hacerla declinar
o hundirla en sus cimientos, no importa.
En medio una pieza, y en su eje una cama, y al fondo el mar gris
de los espejos, su urdimbre ilusoria de espejos, su fiesta barroca,

y de nuevo la tormenta que desde la ventana seduce con su empuje.
Una tarde desovillo, este lenguaje rompeolas, las palabras
y sus geografías que son muelles o gestos de cercenar el mar.

3

Mirar tu casa vacía desde acá, esa casa de vidrio
que como un cuerpo transparente exhibe su estómago.
Contemplarla tomada por todos los objetos
que alguna vez te rodearon y que ahora abandonaste.
Tus pertenencias naufragando en el centro del acuario,
intentando salvarse se agrupan para reconocerse
en lo que antes cargaron de ti. Suturo desde afuera los olvidos tuyos,
los bordes de los libros que florecen, los lápices despuntados,
una taza oscurecida por dentro, tus papeles voraces comiéndose la mesa,
la ventana entreabierta por la cual se desliza la tarde
naranja y violeta, otra tarde sobre las demás, todas las tardes en esta.
Esa casa que creí nube por estar más arriba que las otras,
desprovista de raíces pero arriba, girando a veces
sus muros delgados dejándose atravesar por el deseo
del giro otra vez no importa nada, tu casa liada a tus rituales,
varada al anhelo impreciso de transformarse en un jardín.

Repentinamente la maleza, en el precario espacio entre la pared
y los cuadros, la maleza invadiendo vacíos cotidianos,
primero el verde íntegro, después musgo y húmedo
dejándose entrever por las orillas de las cosas que olvidaste, el verde
con su inmensa presencia, completo y minucioso, clavándose entero
a las repisas enfiladas, hiriendo el suelo y la alfombra, penetrando
las capas de pintura, los ángulos que unen el techo y las murallas.
Tu casa ya no es tu casa, la visión del verde en sus posibles tonos,
una escala de colores avanzando arrolladora irrumpe,
rebasa los objetos muertos, la quietud de una ciudad privada, ya no importa.
A pesar de la inclinación por los jardines, de la imagen
que vigilo en todos sus detalles, a pesar del relato subterráneo
aunando tus vestigios, la maleza finalmente es eso
un jardín excedido, un jardín conquistado por el abandono.

4

Aún el sabor del té en la garganta, el aire que ingresa
para aliarse a la calidez que dejó en nosotros, su dulzura
a cuentagotas y luego todos los canales invadidos, como una enredadera
el té echó sus raíces delgadas, sus espigas. Todas las tardes
sumergidas en esa taza y, sin embargo, nada sucede.
La casa enmalezada, los tallos largos hasta la cintura,
desde afuera se ven caídas puntas verdes brotando,
la imagen abierta de la falta se deja oír,
su música en este piano, en el crujir del pie sobre el pedal.
En la ciudad nuestra isla, cargada y vegetal, el diluvio azotando otras casas,
la nuestra tambaleante, pero anclada a la tierra,
cosida en una única puntada se entrega a su vaivén, a su flotar extraño.
Nado, sumergida a la mitad, mi cuerpo nada
en un río que cruza en diagonal desde la puerta,
un río grisáceo y rojo, sus olas de acuarela entrándome,
sus pinceladas curvas. La humedad nos separa,
la amplitud temporal de esa humedad, su semblante en apariencia inofensivo.

Tus papeles simulan pequeños barcos naufragando,
los muros adoptan figuras ensombrecidas que podrían ser pájaros
o quizá trozos de pájaros desgarrados de su centro.

Acá no hay orillas, sino metáforas que decían viento, agua o nube.
En el techo la materia gris del invierno vigilando,
la inminencia de su azul oscuro y tú callado, vaciándote hacia atrás,
líquido siempre, intentando trazar una línea
con la punta de los dedos en medio de una ola, ya no importa,
la insignificancia de tu mano resistiendo
o los pedazos de hielo que navegan lentamente y que nos raspan,
importa nada estar flotando en lo salvaje, importa poco
el gesto absurdo y fugaz de atarme un hilo. Nada hay que salvar
el agua todo se lo lleva, incluso la discreta puntada que sostiene,
el hilo tenso como la piel se destrenza.

El sabor del té en la garganta, la memoria imprecisa,
insoportable en sus elecciones, insospechada en su azar. Ese té
que pudo haber sido en la misma tarde que evoco o en otra

más lejana incluso, o quizá será en la frontera de un patio,
a la sombra de un árbol diferente, alto y erguido, orgulloso en su firmeza.
Los recuerdos caen en masa como perlas cuesta abajo,
luego retornan desde otro ángulo, recobran un eje impropio
y se refuerzan como piedras. Transformados parpadean,
pujan, tiran y se deshacen nuevamente. Mientras yo, atada a este peñasco,
resisto. Abajo la ciudad impone sus caminos, el lenguaje impone sus caminos,
la taza fría, el ciruelo y sus ramas cabizbajas imponen sus caminos.

5

Trenzadas desde sus fisuras, estas palabras cargan con su propia historia.
Tu mano –la que resistió– jamás podrá despejarlas,
sus espaldas pesadas se encorvan, anochecen sus grafías.
En medio de estas ruinas no podrás. Tampoco el cuerpo,
porque siempre nos quedamos atrás o adelante, nunca adentro,
a pesar de los golpes sobreviene el desfase, el acceso tardío
a un centro que se desplaza cuando pensamos llegar.
Y yo resisto, atada a este peñasco, resisto.
Falta de motivos sigo ahí, tiesa soporto la lluvia,
sabiendo que importa nada repito esa frase, no importa,
mi cuerpo rodando por las piedras, todo derrumbe
contiene en sí la leve posibilidad del aire,
del viento en su rebase. La dureza del cemento,
en esta ciudad la furia plena del agua desatando el orden,
siguiendo instrucciones nos perdimos en detalles,
con los ojos apretados quisimos. No importa tu cara,
todos tus gestos acentuados por la fibra de luz que acercándose ávida

te transformó completo en mi deseo. La estructura de tu lengua
asumiendo la oscuridad de su lenguaje, la infinitud de los parques,
ya no importa esta frase repitiéndose, no desde mi mano
o desde la escritura, esa frase entrometida y monótona,
su pulso derrotado, la ilusión de que suena diferente cada vez que es inscrita.

Tu casa ya no es tu casa, la maleza metódicamente sembrada, el piano
originado de la fractura que, como una rigurosa línea, he dibujado sobre ti.
Desde ahí emerge el mar como si ella implicara la fotografía de una playa, el mar
ruidoso y desmedido, sus cuevas interiores, la corriente.
Desde ahí emerge mi garganta arrastrando la misma frase, no importa
la conciencia de lo que acontece, porque toda conciencia
implica un discurso advirtiendo su caída. Estas palabras son cáscaras,
adentro ecos descomponiéndose esperan.

Consumiendo los recuerdos, resisto en el peñasco. Arriba,
las nubes forman figuras que podrían ser animales, bestias tal vez,
que se desplazan circulares, en una ronda agotan su ritual. Abajo,
tú cayendo sucesivas veces entregado por completo a los ciclos del invierno,

tu cuerpo inflado y hueco se abandona. El mío intenta endurecerse
en el contacto con la roca que abrazo. Pero no importan los gestos,
los intentos vastos, vanos, en esta ciudad que diviso importa nada,
cuando la tarde lentamente del naranjo al violeta deviene rojo,
no reconozco mi mano desatando nudos, me componen sus curvas trenzas,
sus oficios implacables de no ceder.

6

Nuestro tiempo circular con la forma de los espirales
se entierra en el suelo, devorado por la maleza se hunde y desciende.
Podría haber dicho o gritado imponiéndome al ruido de la lluvia, podría
haber confiado en los tejidos que parecen unir una letra con otra
o en tu palabra que intentó retenerme, podría quedarme entre el estambre
atravesada y quieta, transformada en cicatriz o cordón.
No es el nombre, es la misma frase que multiplicándose
regresa y se abre espacio para decirse a sí misma.
Tu casa ya no es tu casa, tu hogar acuario
dejó entrever el imposible jardín que alguna vez evocaste,
tragando tu té ansioso, entrampado en sus hojas que colaste lentamente.
Mi casa tampoco es mía, pero cargo con ella como si fuera un cuerpo
o el eco del pasado que retorna antiguos refugios a la memoria,
abre zanjas al unísono en la piel.
Las huellas que deja el tiempo son imborrables
aunque a veces, frente al agua o reflejadas en un pozo,
se suspendan. Los restos de tu mano imborrables también,

socavaron hondo y tapiaron desde adentro,
amurallado el cuerpo desde el interior. Ya no hay peñasco
ni siquiera té o ciruelos, solo una planicie, la apertura completa del paisaje
sugiere sus repliegues despoblados.

Así quedamos, empuñados por el desfase de las voces,
ya no resistiendo, mitades de lo que soy hacen huecos en el suelo,
mitades tuyas buscándose a tientas en tus objetos liberados.
Es preciso el abandono para que el cuerpo se enferme,
es preciso imaginar que cerrando los ojos detendremos el empuje de la lluvia,
es precisa la salida cuando el verde ha arrancado las cosas de su lugar
y desenraizadas se golpean entre ellas. Precisa es la caída de tu centro.

Surcos como largas extensiones de luz atardeciendo
con sus pequeñeces, con todas sus vigilancias ocultas, la ciudad se cierra.
Y yo, que ya no resisto, porque siempre estamos más atrás o adelante,
espectadora perpetua de lo que sucede, trazo esa ciudad en un ínfimo mapa,
mi gesto inútil por dejar un registro.
Tú adentro y afuera de ese mapa, hecho tiras en la frontera del papel,

escondido en tu calle oblicua, ya ajeno, con las raíces taladas,
dejándote arrastrar, no importa.
La indiferencia absoluta por los puentes,
por la imagen de alguien renunciando, cayendo con el rostro
calando el río, el barro que esconde el agua al final, sus olas turbias,
la suciedad radical envolviendo el anonimato del descenso.

JULIETA MARCHANT

(Santiago, 1985)

Ha publicado *Urdimbre* (Ediciones Inubicalistas, 2009), *Té de jazmín* (Marea Baja Ediciones, 2010) y *El nacimiento de la hebra* (Edicola Ediciones, 2015). Codirige Cuadro de Tiza Ediciones.

ESTA
PLAQUETTE SE
IMPRIMIÓ EN DICIEMBRE
DEL AÑO 2015, EN LOS TALLERES
DE DIMACOFI EN SANTIAGO DE CHILE. PARA
SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS
CELESTE Y GOLBOLD LIGHT, PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G
PARA LOS INTERIORES Y CARTULINA DÚPLEX DE 200 G PARA LA PORTADA.